

GEDEÓN

ES EL PERIÓDICO DE MENOS CIRCULACIÓN DE ESPAÑA

15 céntimos NUMERO SUELTO 15 céntimos

AÑO X

MADRID, VIERNES 11 DE NOVIEMBRE DE 1904

NUM. 468



DESDE LA BARRERA

GEDEÓN.—¡PERO, HOMRRE, NO SEÁIS USTEDES LILAS! ¿CONQUE NO HABÉIS PODIDO CON LA CHOTA DEL SUPLICATORIO, Y QUERÉIS USTEDES DESHACERSE DE ESE PAVO DEL CONCORDATO?

DIRECCION LOPE DE VEGA, 39 Y 41. ADMINISTRACION: SERRANO, 55, MADRID. HORAS DE DESPACHO, DE 2 A 5.

CEDEÓN

EX DIPUTADO Á CORTES
POR MADRID

ANUNCIOS INCOBRABLES

SUSCRIPCION POR CADA TRIMESTRE: ESPAÑA 1,50 PTAS. EXTRANJERO, 3 FRANCOS. PAGO ADELANTADO

LA CONGRESOLA

Aparato musical (¡todo esto es música... y lo otro que ustedes saben!) ejecutando obras magistrales por medio de pollos perforados de mal papel, bajo la dirección de los desacreditados maestros de la mayoría y minorías.

PRECIO UNIVERSAL, EN PTAS., BASTANTE CARO

El repertorio de esta música es el más basto y ordinario que se conoce en el mundo, y es la casa más importante en votaciones mecánicas, escándalos automáticos, envaines rápidos, inconsecuencias, cambalaches y astracanadas.

En Londres: No hay nada semejante.

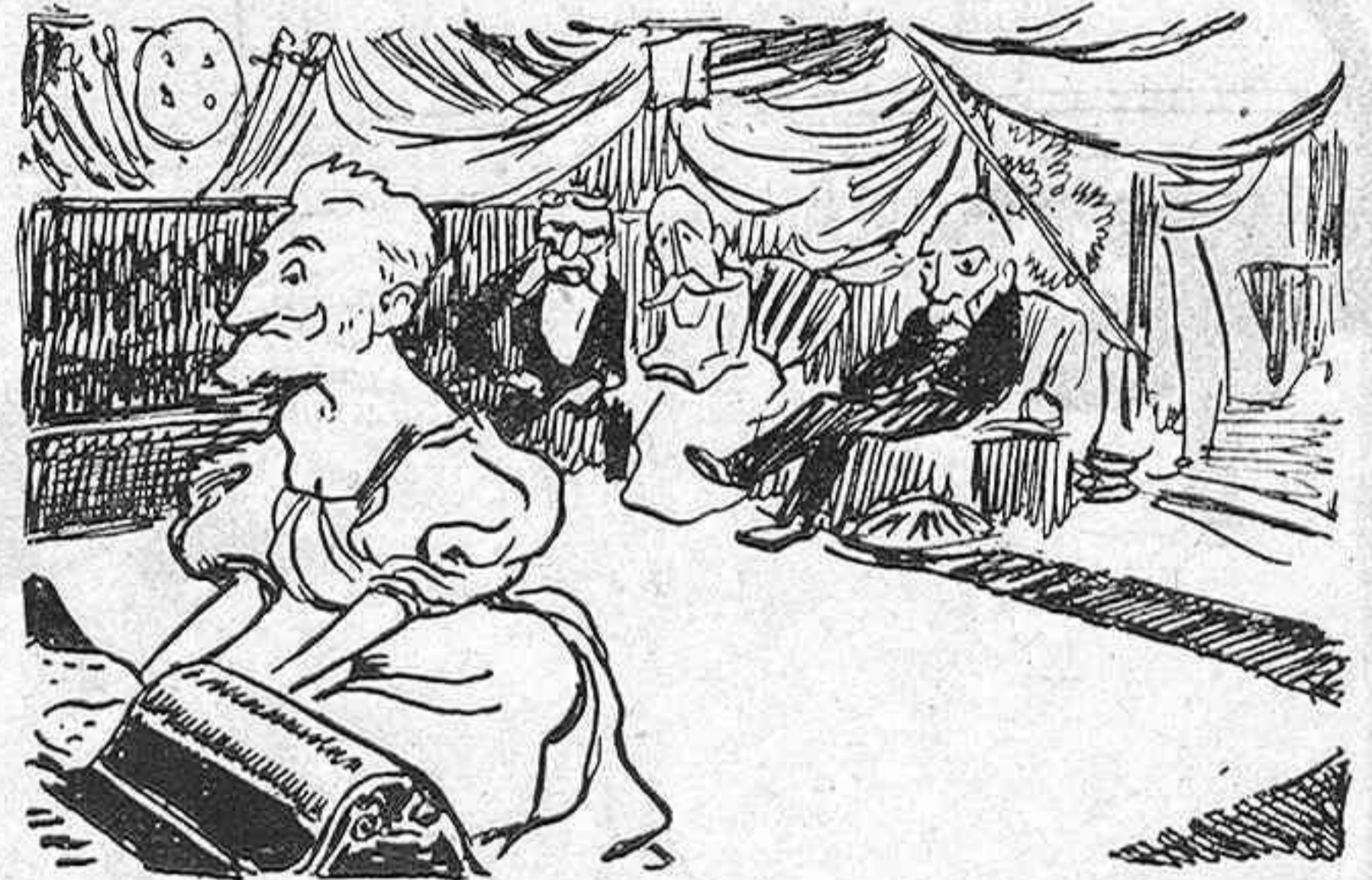
En Paris: Menos.

En Madrid: Plaza de las Cortes, casa sin número.

ENVIO FRANCO datos, villaverdes, garcialixes, romanones, moretes, vegarmijos, salmeronetes, azcárates, lerrouxes, navarroramireces y otros artefactos para el precioso aparato LA CONGRESOLA y Organos gen..., digo orquestales, dirigiendo la correspondencia á A. MAURA, que es quien maneja ese instrumento como y cuando le viene en gana, sin que nadie rechiste.

SALÓN DE SESIONES Y DE CONFERENCIAS

No confundirlos con los salones de limpiabotas, donde no ocurren tantos horrores.



CABALLERO joven, con acta de Diputado á Cortes, gratificará á quien le proporcione ocupación decorosa, con tal de no volver á asistir á sesiones permanentes. Lista de correos, billete de 50 pesetas falso, número 105.007.

SEMBRADORAS
MAURITANAS

Las más perfectas que se conocen para la siembra de frailes. Véase la cosecha del año pasado y la que se cogerá el año que viene. Ya ha comenzado la siembra en toda la Península.

Cerca del Paseo del Prado
Maquinaria Frailícola
y Congregacional.

MARCA

VINOS AGUADOS
DE LOS HEREDEROS DEL
PARTIDO LIBERAL
ELCIEGO (MORET)

Bébase sin peligro alguno en el restaurant del Congreso

DEPÓSITO EN MADRID:
Doña Blanca de Navarra (casa hipotecada)
LIBERALERÍA HIGH-LIFE

Aviso muy importante á los consumidores:

Fíjense bien en nuestra etiqueta y en la marca ¡Vaya un lío! para no poder confundir estos vinos aguados—por la vista tan sólo, se entiende, pues por el olor se confunden con todos los demás vinos de Dinamarca—con los de otra marca, no menos liosa, pero democrática, que presenta los suyos dando algún parecido puramente exterior al aspecto general de nuestras botellas.

Advertimos al público que sólo nosotros tenemos la crisis próxima embotellada.

LIBROS ALEGRES

Fotografías galantes, desnudos artísticos, etc. Muy curiosos y útiles para entretenerse durante la discusión del Concordato.

Se desean corresponsales para hacer una activa propaganda entre los señores senadores vitalicios y de los otros. Librería Franco-Española-Inglesa. Ya lo saben ustedes.

NUEVA
Y YA ACREDITADA EMPRESA
DE
CARROS DE MUDANZAS

(Antes minoría republicana)

En menos de cuarenta y ocho horas de sesión se mudan todos los trastos desde un extremo á otro de la Cámara, sin romperse ni mancharse.

En las primeras horas de la mudanza parece que se van á tirar los trastos á la cabeza y que no va á quedar títere con ídem; pero pasados los primeros ímpetus, la mudanza se verifica con gran suavidad y mansedumbre. Y los principios no sufren nada, porque á más de ineluctables son irrompibles.

PALACIO Ú HOTEL DE VENTAS

TRASTOS

Padres de la Patria de arte y de fantasía.
Precios sin competencia.

FACHADA A DOS CALLES (FLORIDABLANCA-FLORÍN)
SE VERIFICAN VENTAS POR TELÉFONO
NO VALE SEÑALAR



JUEVES DE EDEÓN

Pues señor, no se puede aplaudir á los cómicos malos. ¡Salen en seguida con unos humos! Apenas le dijimos á Maura que venció en el asunto de los suplicatorios, aunque no por sus propios méritos, sino por inconcebibles desmayos de las oposiciones, cuando ya se ha crecido de tal manera, que después de Talma, él. ¡Con qué altivo desprecio mira á sus opositores, cómo enarca las cejas, qué sonrisa tan irónica y mortificante la suya y, sobre todo, qué posturitas de desdén! A Sánchez Guerra se le caen, mirándole, la baba y el distrito de Cabra.

—Yo conocí, Gedeón, á un aficionado de esos que convierten en escenario hasta los kioscos de necesidad.

—¡Vaya unas bambalinas!

—Al infeliz le aplaudieron en el teatro de las Aguas cierta noche un parlamento, y desde entonces no volvió á pagar á la patrona y le trataba de «vos» al sereno cada vez que éste le iba á abrir la puerta. Además, solía pasearse por la calle de Sevilla cortando cabezas de cómico. Así es que por eso no me extraña que Maura se haya crecido tanto por el aplauso de un Parlamento: lo mismo exactamente le ocurrió á aquel aficionado del teatro de las Aguas.

—Pero el caso es que con sus arrogancias y desplantes ha logrado sacar de sus casillas canónicas al mismo Montero Ríos. Mira tú, Calínez, si es difícil la cosa, ¡sacarle de sus casillas á principio de invierno! ¡La ropa interior que llevaba al Senado don Eugenio!

—Y toda limpia, porque se acababa de lavar aquella camiseta de franela de las dieciocho autorizaciones por él concedidas, según Maura, á otras tantas órdenes religiosas para establecerse en España. No, Montero Ríos iba bien arropado y oliendo á espliego. ¡Buen catarro le aguarda á consecuencia de sus declaraciones democráticas!

—Yo, Calínez, no las tengo todavía todas conmigo en ese asunto del Concordato. ¡Muy seguros deben de estar los frailes de su suerte cuando ya lucen todas sus facultades por las calles y plazas de Madrid! A no ser que la elocuencia insuperable de Maura les haya emborrachado de júbilo.

—No creo, Gedeón, que fuese de oratoria la borrachera frailuna á que te refieres. Más bien parecía de Hacienda.

—También es posible que la fraternidad hubiera estado ayudando á Osma en lo de los alcoholes. No hay como abrirles la puerta á esos regulares, para que se metan en todo. Se les encuentra hasta en alcohol, como la ténia y los fetos. A propósito de solitaria, ¿estuviste en el Ateneo á oír á Silvela?

—Estuve; ¿pero qué tiene que ver la ténia con D. Francisco?

—Pues que, según dicen, no se consigue nada al expulsar aquel bicho si queda la cabeza dentro, y á Silvela se le ha quedado la cabeza dentro de la política; de suerte que es una especie de ténia mal arrojada.

—¡Puff, con las comparaciones!

—¿Y qué te pareció la Ética de Silvela?

—Admirable; pero no vuelvo.

—Hombre, ¿y por qué?

—Muy sencillo. Figúrate, Calínez, que D. Francisco empezó por decirnos que él era un vencido.

—¿Y no le han nombrado todavía ministro de la Guerra?

—Pero que no le habían vencido sus enemigos ni sus amigos, con ser éstos mucho más temibles todavía. Dato y el coro general saludaron.

—Pues entonces, ¿quién le venció? ¿la monja de Agreda? Algo había oído yo de faldas...

—No, hombre, se venció á sí mismo, comprendiendo que carecía de facultades y condiciones para dedicarse á la dirección de los negocios públicos.

—¡Caracoles! ¿E hizo ese descubrimiento á los treinta y pico de años de dedicarse á la política?

—Por eso te digo que no vuelvo á sus conferencias sobre la Ética. Un hombre que ha estado engañándose á sí mismo durante más de treinta años, no me inspira confianza ninguna para hablarme acerca de la Moral. ¿Cómo va á saber lo que es ésta si empieza por no saber cómo es él? Sócrates, que derivaba todos los conocimientos del conocimiento de sí mismo, fué, sin duda ninguna, el gran ético griego. Pues bien, ahí tienes tú á Silvela, que ha necesitado más de treinta años para empezar á conocerse, y que de golpe y porrazo pretende enseñarnos cómo somos todos los demás.

—Tienes razón; más le valía seguir estudiándose hasta saberse por completo.

—¿Y quién me responde á mí de que un individuo que ha vivido lo mejor y más largo de su vida en absoluto error respecto á su personalidad, no vive lo que le resta de existencia creyendo que entiende de cosas éticas sin poseer de ellas ni siquiera el a b c? ¡Tendría gracia que á punto de morir, y así como nos ha declarado ahora que Dios no le llamaba por

el camino de la política, nos declarase que tampoco le hizo apto para la investigación de la Moral! Nos habíamos lucido los oyentes de sus conferencias.

—Y que es posible que no espere á morir para lanzar esa declaración. Tal vez en la penúltima conferencia del segundo curso, declare que él no entiende una palabra de Moral, y en la última asegure que la Ética no existe. Nada, Gedeón, haces muy bien renunciando á las sucesivas conferencias con D. Francisco; esos críticos retrasados son terribles. Le hacen á uno perder muchísimo tiempo para salir al cabo con que no sirven para nada. Renuncia á Silvela y oye á Villaverde. ¡Ese sí que es un caso ético y con lipomas!

—¡Lo que ha trabajado D. Raimundo para que le discutan el saneamiento! ¡Es un pasmo de voluntad!

—¡Y considera los estragos que hace el tiempo! Cuando era joven, robusto y aguerrido, no se contentaba con menos que con que se lo probasen. Ya se contenta con que se lo discutan.

—Verdad, Calínez; la pesadumbre de los años dobliga los troncos más recios y abate los mástiles más altos. A mí me daba muchísima lástima ver á don Raimundo con su proyecto entre las manos y diciéndoles lastimosamente á todos: «¡Pero, hombre, discútanmelo ustedes siquiera!»

—Y lo peor es, amigo Gedeón, que ya se lo discuten por conmiseración, pensando que no sirve para nada. No sé cómo Villaverde acepta esa depresiva piedad de los mauristas. A ver, ¡que lo saquen ellos!

—Cierto; podrá el proyecto de Villaverde no sanearnos del todo la peseta, ¿pero qué pensamientos ni qué formulas conducentes á ese fin han salido de la mente ministerial? Aparte de ello, D. Raimundo ha estudiado el problema en casi todas las naciones víctimas de la depreciación, y tiene monedas de oro pertenecientes á todas ellas.

—¡Como que cuando va al Congreso con su muestrario parece un cambista que se muda!

—A mí me han asegurado que los villaverdistas...

—No hagas caso.

—Que los villaverdistas esta vez...

—Te digo que no hagas caso.

—Déjame concluir siquiera. Que esta vez los villaverdistas no consentirán á Maura y consortes burlarse como suelen de D. Raimundo, y que si se les pone en ese trance harán un acto.

—Me figuro cuál será. ¡Comerse las monedas de oro de Villaverde! Nada, nada, Calínez; no creo en la ética de Silvela ni en la energía de los villaverdistas, ni casi en los lipomas de D. Raimundo. Hemos llegado á un grado de escepticismo tal todos los españoles, que ya nos sucede lo mismo que á D. Francisco con su propia persona. No sabemos si somos padres ó madres, si servimos para la política ó para la Ética, ó para presidentes de Consejos de ferrocarriles. El único que se cree grande, maravilloso y súpergenio es Maura, y á ese le queremos echar.

—¿No le echarías tú si pudieses?

—Yo, no. En un país de escépticos, es natural que se eleve un individuo hinchado y vano como él. Nunca sube mejor un globo que cuando está quieta é indiferente la atmósfera.

—Y si se le produce un desgarrón al globo, ¿qué será del aeronauta?

—Con ese objeto lleva á Sánchez Toca.

—¡Narices! ¡Buen paracaídas!

Boletín politicoreológico

(DEL OBSERVATORIO DE GEDEÓN)

Si se exceptúa la estrechísima zona maurista, donde el tiempo se presenta despejado, tranquilo, soberbio y hasta conservador, en todo el interior, y principalmente en las costas liberales, el barómetro anuncia muy altas presiones, por lo menos al parecer. El viento producido por las narices de Sánchez Toca, sopla, produciendo algunas molestias entre la magistratura y similares.

Por las costas del convenio con la Santa Sede, en cambio, el porvenir aparece cubierto, agitándose con relativa furia los elementos democráticos. Este trastorno de la atmósfera política, obedece, naturalmente, á la depresión extraordinariamente reaccionaria del Gobierno, cuyo centro se encuentra cada día más alejado; *ad majorem dei gloriam*, de los sentimientos del país, gracias á su persistente y funesta labor.

Las principales lluvias de proyectos, escuadra del género chico, administración local, suplicatorios, concordato, y... se acabó lo que se prometía, han caído con la inoportunidad de Villaverde y su famoso proyecto, según el parecer ministerial. Con tales lluvias, como afirma el propio marqués de Pozo-Biondo, no se podrá sanear la moneda. ¡Y hay quien dice que la lluvia es benéfica!

Los únicos que hasta ahora pueden vanagloriarse del saneamiento de la moneda son los arquitectos autores del proyecto de la Gran Vía, á quienes el Ayuntamiento ofrece como gratificación la friolerilla de *medio millón de pesetas*.

Esta lluvia de... pasta ha venido á hacer más intransitable el camino del Ayuntamiento, ya fangoso de suyo.

Las temperaturas republicanas continúan siendo cada día más bajas después de la última borrasca del Congreso, llegando en algunos diputados como Melquiades Alvarez á cuatro grados bajo cero. Hay quien supone que Melquiades Alvarez espera conseguir muy pronto la máxima, ó sea una cartera en el primer Gobierno liberal.

Silvela sigue tranquilo en toda la costa de la Ética y en el mar de la Filosofía de su particular invención. Dato se conserva nuboso, Azcárraga de buen aspecto, y Ferrándiz aspirando la brisa de la nómina, que es en la única que tiene confianza. Allendesalazar continúa bochornoso, indolente, pesado, sobre todo después del mediodía.

Las nubes alcohólicas han disminuído, y gracias al concierto, Osma aparece un poco más despejado, aunque muchos dudarán de esta afirmación nuestra.

De la *bondad* del día dan idea las siguientes violentas temperaturas:

Máxima de Maura al sol que más calienta: Hacer de cada español un fraile.

Máxima á la sombra: Poner en ella á todos los periodistas liberales.

Mínima: Sánchez Guerra.

Oscilación: Los famosos suplicatorios.

Velocidad del viento: 450 frases huera por minuto.

Y por hoy, no arroja más nuestro Boletín Politicoreológico.

Esperemos los temporales que se anuncian en el Congreso, aunque nosotros opinamos que todo quedará reducido á cuatro gotas.



LA VERDADERA HISTORIA DE LA HÉTICA
O LA VERDADERA HÉTICA DE LA HISTORIA

FRAY FRANCISCO.—MIRAD, HERMANOS MÍOS, CÓMO LA HEMOS PUESTO ENTRE TODOS...

CANCIONERO GEDEONICO

¡Por fin! Se echó encima el tiempo,
como era de suponer,
y á presentarnos sus obras
Maura obligado se ve.
Los tiquis-miquis caseros
que le hicieran tanto bien,
los debates de amor propio
que le exaltaban ayer,
terminaron por completo,
cubriéndole de laurel.
No en su doméstica gloria
se puede hoy desvanecer...
que, al cabo, triunfos como esos
ni cansan ni dan cartel;
preciso es que nos presente
las pruebas de su altivez,
las muestras de su programa,
la esencia de su poder.
«Usted presume de genio,
de audacia presume usted,
y es preciso que sepamos
á fundamento de qué...
Vamos, ninfa de las frases,
que es necesario saber
á dónde llegan sus fuerzas,
de que las da su merced...»
Así se expresan las gentes
que al pseudo-monstruo le ven,
metido en empresas chicas,
peligros chicos vencer.
Su irritación se comprende
y su impaciencia también,
que es muy poco divertido
verle subir y crecer,
mientras todo baja y baja
con terrible rapidez
(menos las cosas precisas
para jamar y beber...)
Paciencia, nobles amigos,
que ya le llegó la vez

de demostrar sus arrestos,
sus virtudes y su fe.
Por fin comenzó en las Cortes
con bravura á contender
por el convenio con Roma,
que es digno de su pincel.
Aunque algo frío, el Senado
va á calentarse este mes
con el fuego del debate
que se ha empezado a encender;
luego pasará al Congreso,
donde seguirá el belén;
y discutido y votado,
como se acostumbra á hacer,
el sacrosanto Convenio
se impondrá con una ley...
¿No es esto mucho? ¡Ya es algo!
Que en seguida hemos de ver
la repoblación del fraile,
que el Señor bendiga. Amén.
Ya al fin comienzan las obras
con que Maura y Montaner
nuestra salvación procura,
procurando nuestro bien.
Que le censure quien quiera;
mas yo siempre alabaré
á ese estadista de Apolo
con instintos de *chauffer*,
¡al Gladstone del Guadarrama,
enérgico, listo y fiel,
con alma de Diccionario
y cabeza de alfiler,
á quien Sánchez Guerra admira
sumiso como un lebre!



Aunque el auditorio neo
se regocija y se ensancha,
no hay duda que hizo una plancha
Silvela en el Ateneo.

Varios profetas sencillos
del gremio de admiradores,
anunciaban sus primores
con bombos y con platillos;

y no están equivocados
los socios apologéticos,
porque esos discursos éticos
van á ser muy celebrados.

Hoy ya celebra la gente,
mientras sus faltas acopia,
su frescura, que no es propia
de una tribuna docente;

pues ir allí á declarar
lo poco y mal aprendido,
es falta de buen sentido
difícil de perdonar.

Yo en un banco me senté,
yo la conferencia oí,
yo del salón me salí,
yo también me avergoncé...

Saltando por las Edades
y entrando en ellas á saco,
¡qué ristra soltó don Paco
de rotundas vaciedades!

Y cuánta vulgaridad
con asomos de agudeza;
qué lamentable pobreza,
y qué olor... de santidad.

Me apuesto un grano de anís
á que esta lata irritante
era un discurso sobrante
del Círculo de San Luis.

¡La Historia de la Moral
quiere hacer punto por punto...!
Si desconoce el asunto,
¿no ha de resultarle mal?


¡El papel vale más!

(NOTAS BIBLIOGRAFICAS)

Cóngriez, saca los patos!
—Voy en seguida, Sr. Gedeón. Aquí están.



—No digo esos: me refiero á los patos del cuello
torcido: á esos que tienen la pinta tan triste y aburrida.

—De esos, señor, no ha quedado más que uno.
Mírele V. S. 

—¿Pues dónde están los otros?

—Se fueron á oír la conferencia del Sr. D. Francisco Silvela sobre Historia de la Etica, y éstas son las horas en que aún no han vuelto á casa.

—¡Caramba, qué efectos produce la Etica de don Francisco! Temiéndome estoy que hasta á aquellos patos tristes les haya conducido á algún sitio *non sancto*, donde se les haya... destorcido el cuello.

—Todo pudiera ser, señor. Porque, mire V. S. lo que ha traído el Sr. Calínez al volver del Ateneo:



—¡.....!

—Y dice que lo mismo que ese llevaron todos los oyentes. Yo, por mi parte...

—¡Ah! ¿Luego tú también oíste á Silvela?

—Señor, confieso mi pecado. Mientras V. S. se marchaba á correrla con cuatro frailes franciscanos de la comisión de alcoholes, yo me dije:—¡Cóngriez, es menester que te ilustres! y me metí en el Ateneo entre dos señores que parecían

—¡Ah, sí! son dos senadores mauristas, á quienes conozco. ¿Y qué?



—Pues, nada, que cuando llegué estaba el señor Silvela metiéndose con la madre Naturaleza.

—¡Hombre! esa es una novela de doña Emilia, y te diré francamente que también yo me siento algo silvelista en este punto.

—No, señor: se refería á la madre Naturaleza, no de doña Emilia, sino de todos nosotros, y decía que es muy inmoral.

—¿Qué disparates estás diciendo ahí, Cóngriez? Tú sueñas ó te has vuelto maurista de remate.

—¡Quiá! Lo que le digo á V. S. es la verdad. D. Paco Silvela le pegó un palo á la Naturaleza y le aplaudieron mucho.

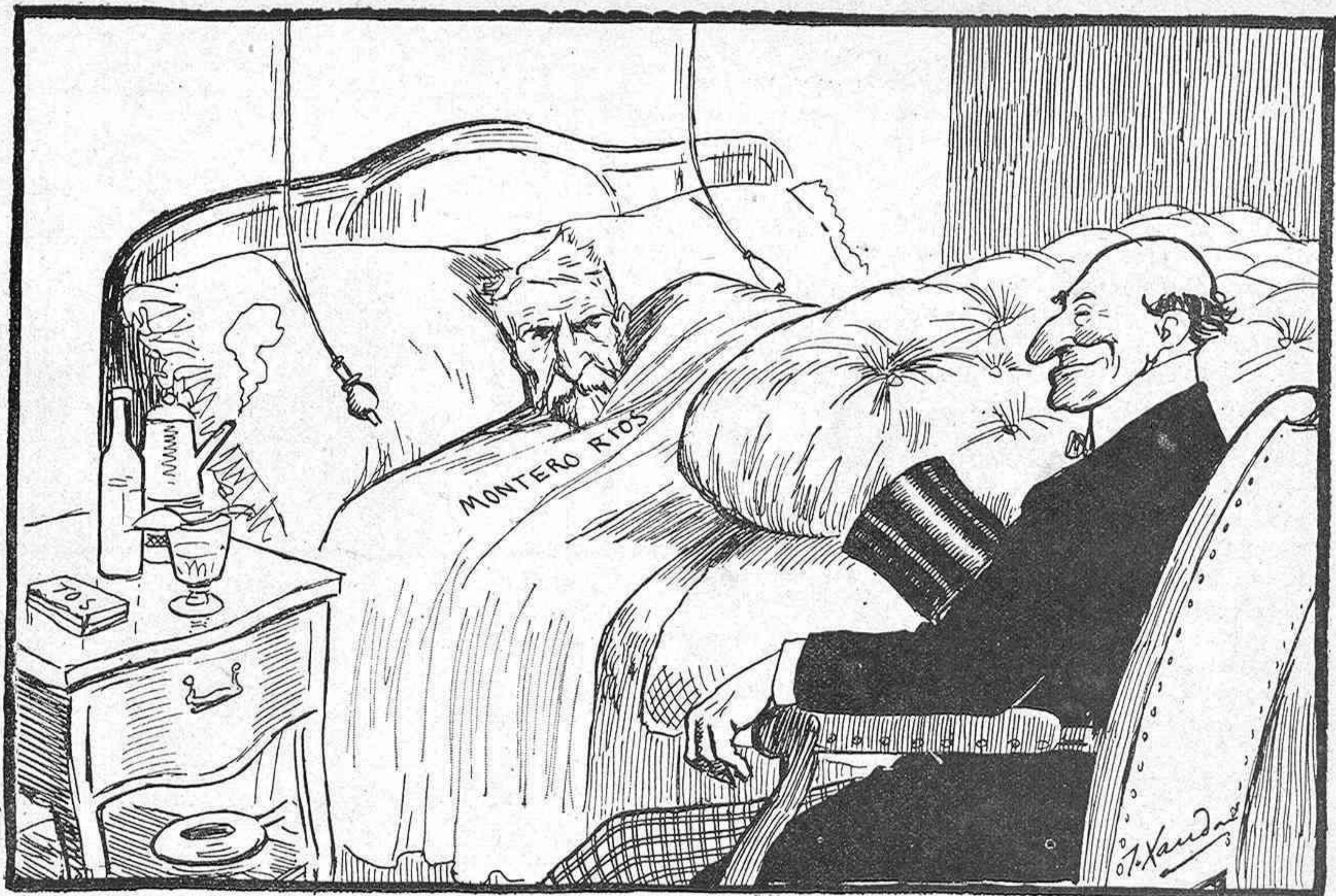
—Siempre he creído que Silvela no era

—¿Por qué, señor?



—Porque, aun cuando tú no lo comprendas, ni quizás tampoco ellos, ahora de lo que trata D. Francisco es de ganarse otra vez á los jóvenes de la mayoría.

—¿Cómo señor?



AMÉN, Ó EL NUEVO ILUSTRE ENFERMO

MONTERO RÍOS.—¡CUALQUIERA ME DISPUTA LA JEFATURA DESPUÉS DE ESTE CATARRAZO QUE HE COGIDO EN EL SENADO!

GEDEÓN.—SÍ; PERO D. PRÁXEDES LOS COGÍA CUANDO YA ESTABA EN EL PODER.

—Está claro: hablando *contra natura*...

—No lo entiendo, señor.

—Cóngriez, eres un

—¿Decía el señor?...

—Que eres un maurista de tomo y lomo.



—Permítame el señor decirle que no me tengo tan en poco.

—Bueno, anda, calla y busca los pates tristes.

—Mírelos, mírelos, señor, qué lacios y alicaídos vienen después de haber oído hablar de *Ética* al señor Silvela en teoría y de haber procedido como él en la práctica.



—En efecto, parece así como si les hubiesen dado cañazo ó se les hubiese muerto algún sér querido. ¡Ve tú á saber lo que cada pato lleva debajo del ala!

En fin, el caso es colocar esos patos haciendo guardia de honor á un librito que he recibido, que se titula *Al aire libre*, y es original de un señor de Hornos.

—Hornos, Hornos... Señor, ¿no hay un cabo que se llama así?

—Cóngriez, no seas pedante. Cabo Hornos hay, pero este Hornos de la novela no pasa de soldado raso.

—¡Cuánto lo celebro!

—¿Por qué, Cóngriez?

—Porque como el señor tiene la buena costumbre

de regalarme nuevecitos todos los libros que no le gustan... Por cierto que si hiciese lo mismo V. S. con los chaquets y los pantalones...

—Tendrás una biblioteca como la de Cavestany y un guardarropa como el de Medrano, ó viceversa. Pues te aseguro que vas á gozar mucho leyendo la novelita del Sr. Hornos. Y, mira, para obligarte más, ahí tienes otro librito.

—Pero, señor, si esto parece más bien una corbata modernista.

—Pues no es eso, sino unos ensayos literarios que D. Fabio Bergamín Gutiérrez titula *Páginas originales*.

—¿A ver, á ver? Qué gusto, señor. Aquí se mete con los modernistas. Y aquí cita á T. Domínguez Ortiz, que debe de ser un gran filósofo. ¡Carape, qué libro tan notable y, sobre todo, tan original, con esta cubierta gris y blanca, con pintitas y redondelitos! El señor es muy bueno para mí.

—Como Maura para Sánchez Guerra. Sólo que D. Antonio no le regala libros á su Cóngriez porque sabe que le estorba lo negro. Y luego, que tú limpias mucho mejor las botas. O tal vez será que éstas se ensucian menos escribiendo que gobernando.



En nuestras manos pecadoras acaba de caer una conferencia dada en la Universidad de Deusto por un adolescente llamado D. Rafael Calleja Gutiérrez, que ha tenido la vanagloria de publicar

un opusculito, acompañándole con un retrato suyo, del propio interesado, vamos, fotografiado en el mismo tamaño que el ábside de la catedral de León, nada menos. Eso para que se vea, por lo pronto, cómo andan de modestia estos niños amamantados á los pechos de la compañía de Maura, Comillas and C.^o

Me parece que el Sr. Calleja es un niño entre gótico y románico, que en cuanto tenga edad para ello figurará dignamente en el coro de sacristanes y monaguillos llamado mayoría maurista. No dudo ni un momento de que hará carrera, porque el porvenir es de los jóvenes ojivales. Además, en cuanto puede, el Sr. Calleja va y se mete con Taine, dándole un palo furibundo. No se contenta con menos que despreciarle y llamarle ¡infeliz! así, entre dos admiraciones que parecen una pareja de la Guardia civil con Maüser y todo. Y luego, muy indignado, exclama:

«¡Ah, si volvieran esos siglos llenos de grandeza, de heroísmo y de piedad! ¡Cómo volverían con ellos nuevos ideales á dar poderosa vida á las artes, y no se verían las generaciones presentes arrastradas por las enseñanzas de Taine, buscando un ideal que consiste, permitidnos la frase pues no encontramos otra más blanda, en expresar la belleza propia del animal más hermoso de la creación!»

Esto me recuerda una frase de no sé qué pieza de Lara: «Sí, señor, yo, yo soy el gánapiro. ¡Ya me he insolentado!»

Pero figúrese el joven Calleja: si volvieran esos siglos en que no había Deusto, ni jesuitas, ni Compañía Trasatlántica, ni Maura, ¿qué iba á ser de los conferenciantes ojivales?

Por último, se encara con Hegel y le llama *pan-teísta-racionalista* (así, como si le llamara sinvergüenza ó golfo), pero reconoce que *al fin es hombre de talento...*

Sí, joven Calleja. Hegel tenía mucho talento, aunque Maura no le ha leído ni Comillas tampoco; pero puede usted asegurar que Hegel era mucho más listo que Comillas, que Maura y que el P. Fuláñez, que le ha llenado á usted el cerebro de tonterías.

Déjese, pues, de templos góticos y dedíquese al billar y á la novia, que está usted perdiendo el tiempo. Mire que luego ya no tendrá dieciocho ó veinte años, como ahora.

Es un consejo de amigo.

... y armas al hombro

Habló el ilustre catarroso D. Eugenio Montero Ríos. Si no fuera tan usado el chiste, diríamos que su discurso había producido gran expectación en el público y gran expectoración en el orador.

Pero lo que estuvo gracioso fué el combate singular librado en las cercanías de D. Eugenio. Los combatientes fueron el yerno del orador, Sr. Martínez del Campo, y el senador Sr. López Mora. Y la causa de la disputa fué una vela. Así como lo oyen ustedes: una vela, ó, si se quiere, una bujía.

D. Eugenio necesitó leer algunos documentos. D. Eugenio veía poco, mejor dicho, ve poco ahora, que lo que es cuando joven, vaya si veía, y donde ponía el ojo, ponía...; pero no involucremos.

Total, que fué menester tenerle la bujía á D. Eu-

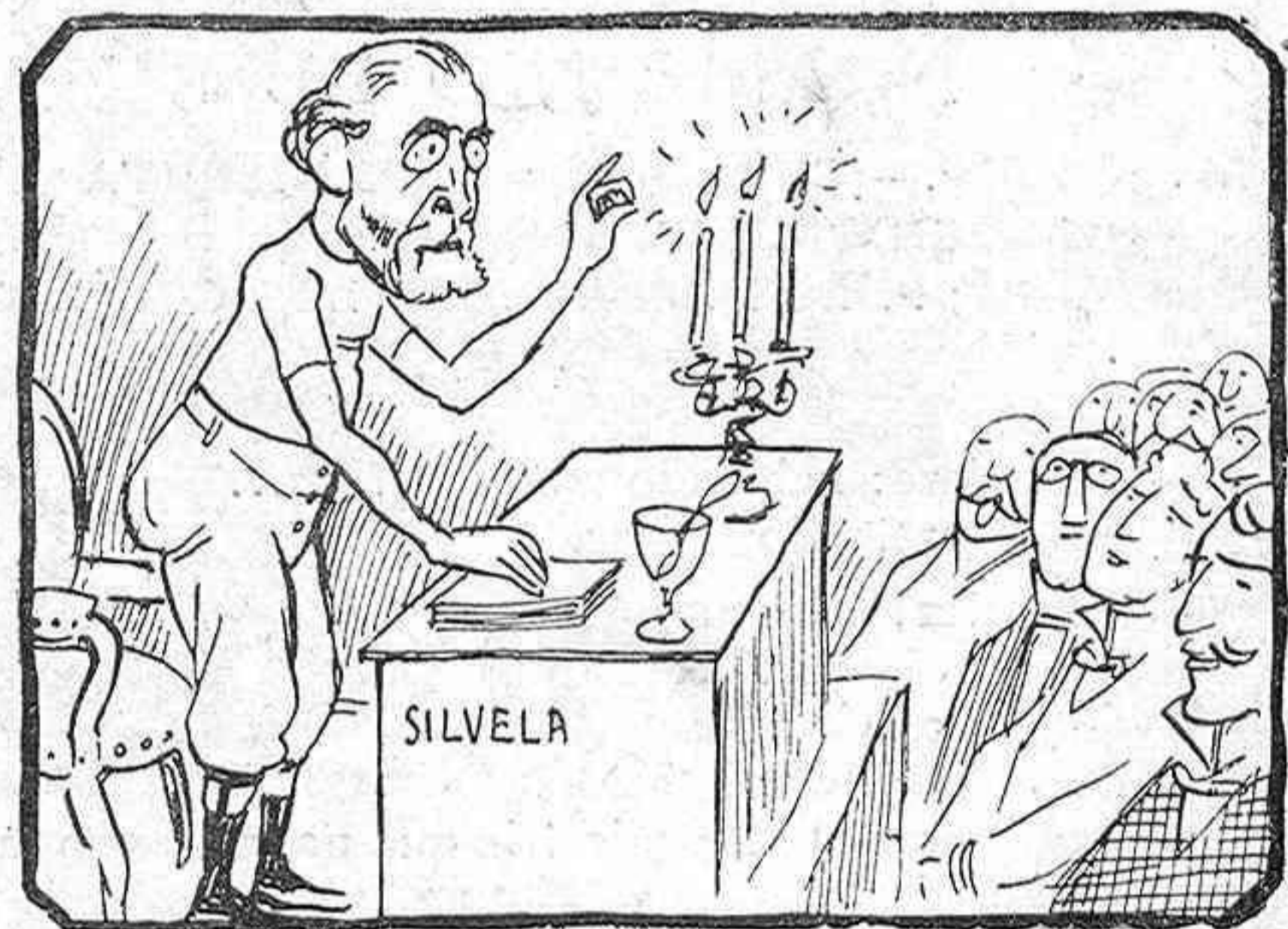
genio, y este era el honor que se disputaban los dos senadores demócratas.



Por fin, parece que quedó vencedor el Sr. López Mora, y ya antes quedó demostrado que el anciano D. Eugenio hace la oposición á la vela.

El Sr. D. Francisco ha ido al Ateneo á explicar un curso de Historia de la Etica como quien va á un sitio cualquiera á faltar á la Etica... y á su propia Historia.

Vamos, que ha ido, como vulgarmente se dice, en calzoncillos.



Y no digo en cueros por no faltar á la reunión, y porque, después de hecha la caricatura así, hemos visto que resultaba un poquitín deshonesto.

Pero después de oír la conferencia, nos hemos convencido de que el traje no era tan impropio como parecía, dado el carácter de plancha pectoral que la tal oración tuvo.

Pero para la próxima aconsejamos al Sr. Silvela el uso del *maillot*.

Que viene á ser lo mismo, con la ventaja de que modela bastante las formas.

Para no ser menos que su ilustre predecesor, el Presidente del Consejo, Sr. Maura, se ha presentado á la discusión del Concordato en un traje aún más ligero que el del Sr. Silvela.

Con una hojita de parra y nada más.

Y aun así ha hecho lo que decían de la Judic en sus buenos tiempos:



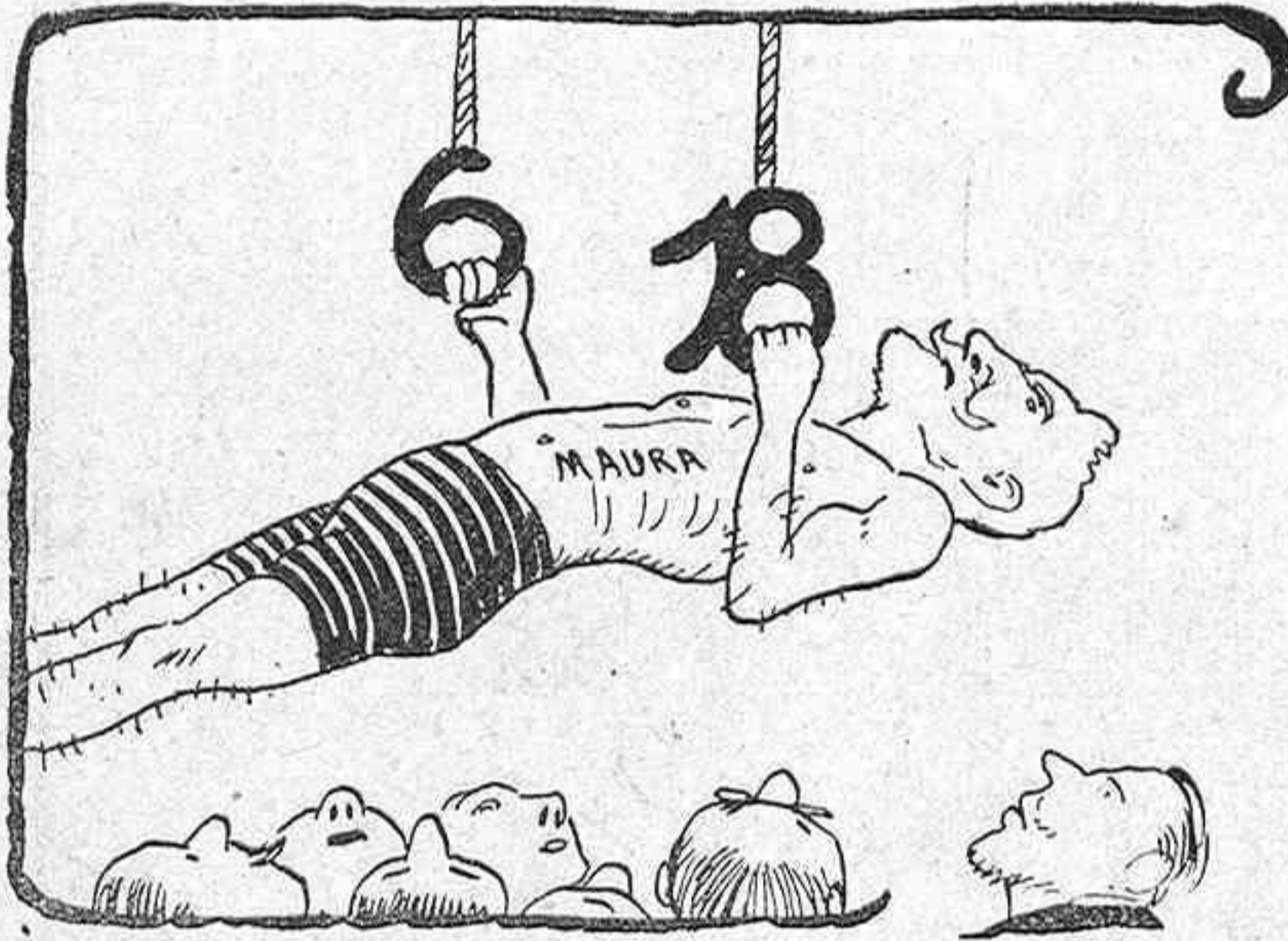
LA ETERNA CONSULTA

- D. RAIMUNDO.—PUES AQUÍ TRAIGO Á MI POBRE PESETITA Á VER SI QUIERE MIRÁRMELA EL DOCTOR.
- EL CRIADO.—TENDRÁ USTED QUE ESPERAR, PORQUE AHORA ESTÁ MUY OCUPADO CON EL CASO ESE DEL CONCORDATO.
- D. RAIMUNDO.—¡CARAMBA, SIEMPRE ME SUCEDÉ LO MISMO! Y YA CORRE PRISA, PORQUE MIRE USTED CÓMO SE ME ESTÁ QUEDANDO...

—Juguetea con la hoja de parra como con un abanico.

Y, naturalmente, la plancha del Sr. Maura ha sido de triple efecto que la del Sr. Silvela.

¡Qué hombre, qué acróbata!



Por supuesto que en ese traje les ha gustado mucho á los niños de la mayoría..

Que era ya lo único que le faltaba á D. Antonio. Gustar á los luses sin *maillot*.



En la plaza de la Cebada han cogido á un reverendo fraile franciscano haciendo eses, en un estado de formidable embriaguez y dando vivas á Maura.



Conducido al sitio de costumbre, se le aplicó el amoniaco (el *perfume*, que dicen los concurdaneos), y lo devolvió todo.

Excepto los vivos.

Que se le quedaron en el reverendo cuerpo para soltárselos á D. Antonio *en propia mano*.

Que aproveche, señor Presidente.



El señor marqués de la Vega de Armijo va á celebrar sus bodas de oro con el Parlamento.

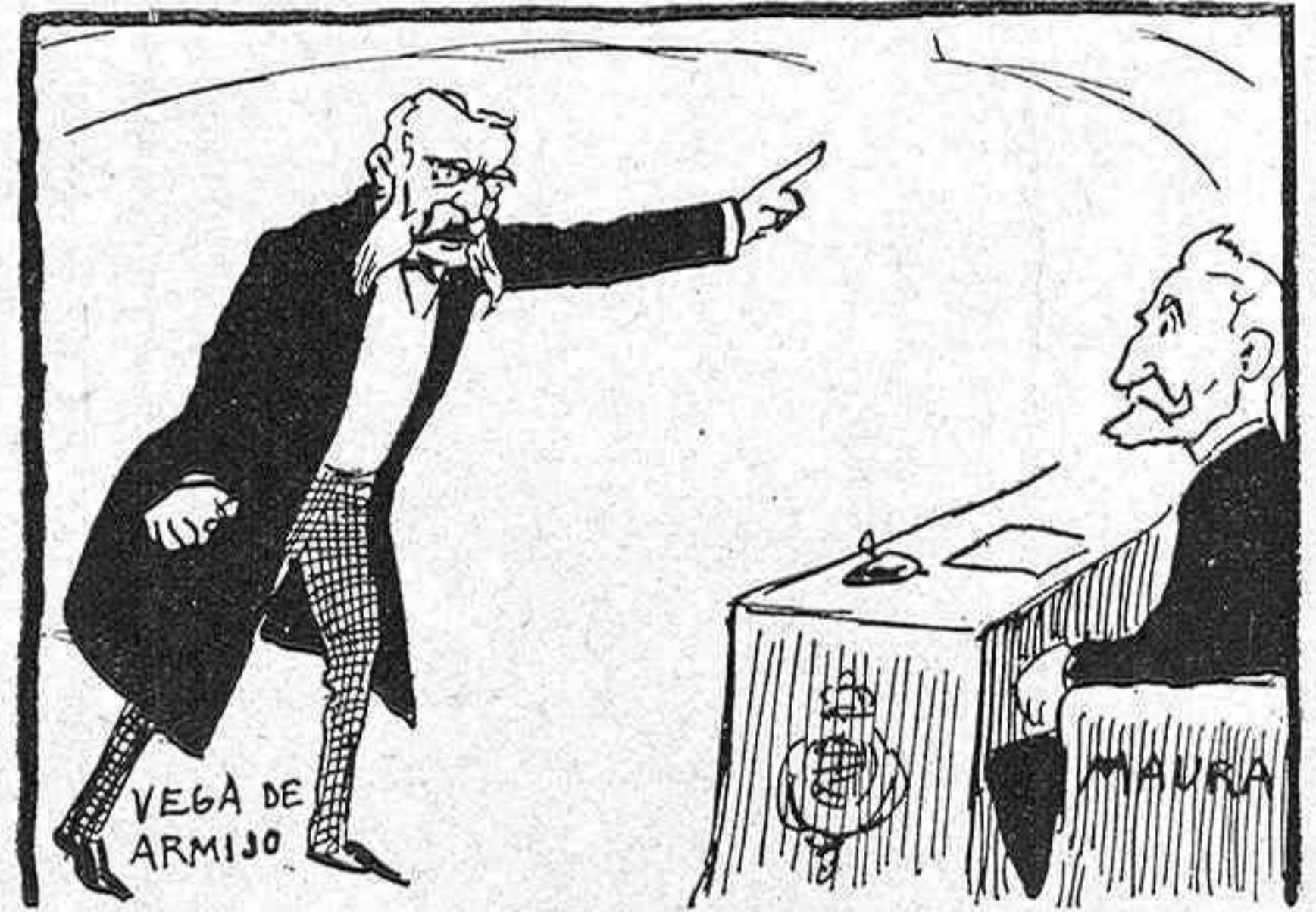
Esto nos recuerda lo que decía el *Buñolero* en cierta ocasión:

—¡Cincuenta años en la plaza, y ni una sola cogida!

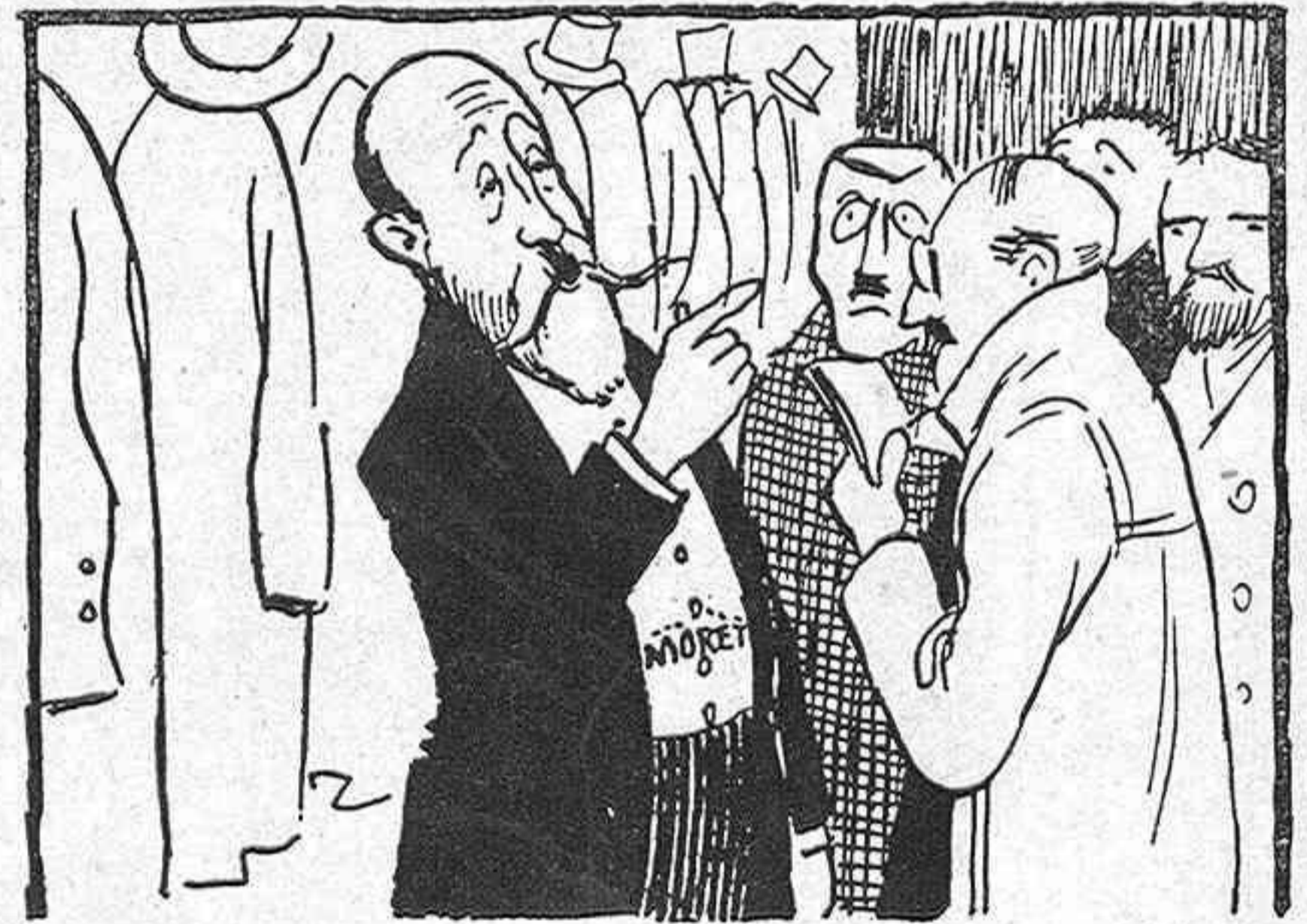
El marqués puede decir ahora con noble orgullo:

—Cincuenta años en el Congreso, y la vez que

estuve más elocuente fué cuando llamé á Maura «mamarracho».



En el pasillo del guardarropa del Congreso ha dado esta tarde una conferencia á varios periodistas el señor Moret acerca de las negociaciones con Roma que entabló el Gobierno liberal de que formó parte.»



¡Caramba! Qué sitio tan á propósito para hablar D. Segis, ese ilustre guardarropa... y nada.

Por desgracia para él, por mucho y muy bien que habló, parece que no quedaron convencidos ni los ganes de entretiempo.



El Sr. Sánchez Toca se ha permitido el lujo de hacer un chistecito económico al par que fusilado, hablando de la *Electra jurídica*.

¡Qué gracioso, intencionado y pillín es el señor Sánchez Toca!

¿Conque *Electra jurídica*, eh?

Pues jurídica ó no, el Gobierno éste no resiste otra *Electra*.

Eso se lo asegura Gedeón á Sánchez Toca.

Y Gedeon, aunque parezca imposible, tiene más narices, en estas materias, que el propio ministro de Gracia y Justicia.





LIBRO DE COCINA GEDEÓNICO

MÁS FORMULITAS CULINARIAS

Pastelillos de crema parlamentaria.—Se prepara la pasta calentando medio discurso de agua de cerrajas con salsa picante y algunas palabras más ó menos gruesas; se añaden media docena de insultos al Presidente, dos cucharadas de esencia liberal—no importa que sea falsificada,—75 gramos de obstrucción y un poco de cáscara republicana para que le dé algo de gusto.

Al primer hervor se le añaden 125 gramos de artículos del reglamento, se menean las oposiciones para que la pasta quede bien lisa, se cuece á discurso lento durante cuarenta horas—que es lo que viene á durar una sesión permanente,—hasta que esté bien espesa y á punto de caramelo del Congreso; se mezclan cuatro ajos del marqués de la Vega de Armijo, uno tras otro, y después de un buen rato, en el tiempo que puede emplear Lerroux en lamentarse de su suerte, se le quita la cáscara republicana y se retiran los ajos también.

Se espolvorea una fórmula de esencia mauritana, y se mete veinte minutos en el horno del Consejo de ministros; luego se deja enfriar, y las oposiciones y el mismo Gobierno los encuentran verdaderamente exquisitos, Maura sobre todo, que se relame de puro gusto. Sin embargo, á algunos, muy pocos diputados, se les indigestaron los pastelillos de crema parlamentaria.

Zanahorias glaseadas á lo Villaverde.—Se cogen con cierta fruición varias zanahorias que estén en pleno saneamiento, si es posible con mayor salud que la moneda, y después de bien escurridas se colocan sobre varios proyectos financieros, se las unta bien con manteca de Azcárraga, se las remoja con una cucharada de salsa á la antigua española, y cuando comienzan á hervir murmurando de su abatido jefe, se las tapa con una famosa credencial, con algo de jugo, naturalmente. Luego de glasearlas se las separa de la abrumadora cesantía con un poco de coba de Maura y se las coloca con discreción. Las zanahorias así

preparadas sirven unas veces como entremés, otras como guarnición de pichones de la mayoría, y otras, las más, para hacer de reir.

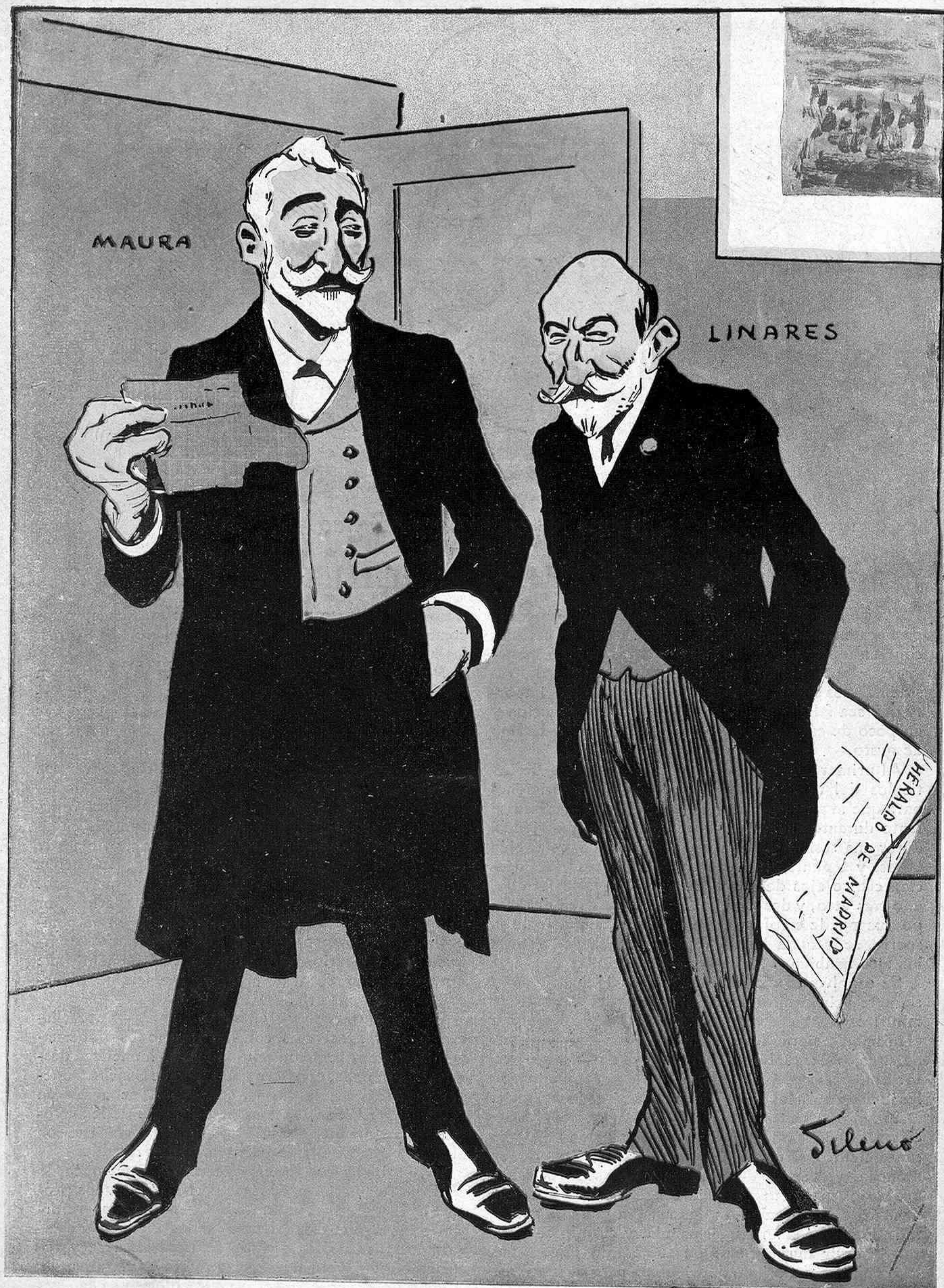
Pollo fiambre con salsa presidencial.—Se cortan en pedacitos los restos de un pollo antequerano, quitándole con cuidado un famoso letrado que se puede ver fácilmente pegado en el pellejo. Se sazonan con sal gruesa, chascarrillos y cuentos picantes, sus huesos. Una hora después se colocan en montón sobre una fuente de remolacha y se echa encima una salsa de suplicatorios. Se adorna la fuente con cogollitos republicanos, izquierdistas, liberales, conservadores, algunos tronchos de López Domínguez y unas hojas de lechuga fresca, como las minorías. Póngasele encima una montera y una campanilla, y hay pollo para rato.

Mero á la marinera.—Escamarlo, vaciarlo, por más que no tiene nada dentro, y ponerle en un compromiso en el banco azul. A los diez días de servirlo en el Ministerio de Marina, se vió fácilmente que era uno de los platos de menos substancia de la actual cocina ministerial.

Chochas trufadas con salsa á la Maurod.—Se machacan unas frases frescas con los desahogos gubernamentales anteriormente rehogados; se humedece después con un poco, con muy poco jugo de Sánchez Guerra y una copita de Osma; se sazona, se añade un poco de Nozaleda, se pasa por el tamiz de la mayoría, se calienta bien sin dejarlo enfriar, y se sirve con el propio pico de la chocha trufada y fraseada.

Pisto manchego.—En una cacerola con manteca de cerdo norteamericano, fríanse en trozos algunos proyectos de reformas militares. Cuando ya las reformas estén á punto de jalearse, se les añade una calabaza cortada en delgadísimas rajadas. Mézclase y revuélvase todo, y cuando esté á punto de rendirse, se le echa un poco de laurel ó se le coloca una laurea, y tan sabroso.

IMPRESA DE «GEDEÓN», MADRID



VA DE GENERALES

LINARES.—EL GENERAL STOESEL, HERIDO; EL GENERAL ANDRÉ, HERIDO... LA VERDAD, YO NO ME ATREVO A SALIR DE CASA.